

El turista y el collar

Diana Barrales Hernández

Lingüística y literatura hispánica
diana.barraleshe@alumno.buap.mx

Las tardes en la ciudad de Puebla de Zaragoza solían ser lluviosas en los meses de julio. Atzin había regresado a clases después de unos meses de descanso. Iba en universidad y estudiaba historia en una facultad del centro. Al terminar sus clases salió y se quedó pegada en una pared con un pequeño techo que la resguardaba de mojarse, sus compañeros ya se habían ido, así que solo esperaba que las aguas se calmaran para irse a su casa.

Cerca del zócalo, que era por donde ella estudiaba siempre había muchos turistas, pues Puebla era uno de los estados más turísticos, muy por debajo de los estados con playa, pero con una gran historia cultural. Esa era una de las cosas que más le gustaba Atzin, razón por la que había empezado a estudiar esa carrera.

Cuando la chica esperó a que la lluvia parara; un hombre guapo, mucho más grande que ella, que quizá le doblaba la edad y la estatura, güero y de ojos verdes se paró a su lado. Ella miró hacia arriba para verle la cara, pero el hombre, quien se veía iba solo, únicamente miraba al frente. Atzin regresó la mirada adelante, pensó que ese hombre solo estaría ahí un rato como ella, además de que estaba atardeciendo, sin embargo, el hombre habló.

—Está fuerte la lluvia —dijo con acento

extranjero.

Atzin calló unos segundos antes de responder, no estaba acostumbrada a hablar con extraños, o al menos no sin una buena razón. Además, pensaba que los turistas solían ser más reservados con otras personas.

—Sí, lo está.

—¿Siempre es así?

—Pues, depende el día y la hora —respondió la chica queriendo alejarse, sin embargo, el clima no le ayudó ya que empezó a llover más fuerte—, sí, el día y la hora.

—Ya veo. Puebla es muy bonito, ¿me recomiendas ir a algún lugar?

—Pues, Puebla tiene muchos museos, túneles debajo de la ciudad, iglesias. No sé qué quieres ver.

—No lo sé, ¿qué es lo que más te gusta de tu ciudad?

Atzin miró al cielo al oír esa pregunta. Estaba confundida, no creía tener algo favorito.

—Creo que, las leyendas.

El hombre sonrió de oreja a oreja al oír eso. Le causó cierto interés en la chica, por lo cual dirigió su mirada a la joven quien apartó los ojos de su vista por pena.

—Así que te gustan las leyendas.

—Sí, si quiere conocer algún lugar creo que aquí hay demasiadas zonas con diferentes historias.

El señor se acercó unos pasos más a ella,

la lluvia no paraba, así que no había razón para irse, por otro lado Atzin, aún no podía huir del desconocido. Aunque quizá no era mala compañía, eso no quitó el hecho de que le incomodara.

—Si tuvieras que elegir las leyendas de las que te gustaría saber más, ¿cuáles serían? —preguntó el extranjero.

—Creo que empezaría con la leyenda del puente de Ovando. Dicen que una chica se enamoró de un chico que no pertenecía a su clase social, por lo que en un intento de estar juntos terminaron muertos. Siempre he querido saber más de ésta historia.

—Si tuvieras la oportunidad de conocer a la chica, ¿lo harías? —preguntó curioso el güero.

Atzin sintió más confianza después de su conversación con el hombre. Por eso, ya no temía contestar una pregunta así.

—Si pudiera, conocería a todas mis leyendas favoritas, pero por lástima, solo son leyendas. Ni siquiera sé si ocurrió realmente.

En ese momento la lluvia paró. Por lo cual el señor se paró enfrente de la chica quién tenía que alzar la mirada para verle a la cara. Este sonrió y antes de irse de aquel lugar, habló por última vez con Atzin.

—Eres una chica muy encantadora, sabía que eras perfecta desde el primer día que te vi —dijo el hombre riendo, Atzin se confundió—. Toma este collar, es tuyo.

El extranjero le dio un collar de plata, con un dije de un jarrón de talavera en medio. Era un collar bastante extraño por su dije, pero era hermoso. Eso hizo sentir bien a Atzin, quién deseó ponérselo al instante, pero no se sintió bien al recibir un regalo de un desconocido.

—Lo siento, no puedo aceptarlo —explicó la chica alzando la mirada, pero cuando lo hizo, ya no había nadie.

Al inicio pensó que el hombre se había ido muy rápido, que debía seguirlo corriendo hasta encontrarlo para devolverle el collar, pero pensó que eso sería demasiado trabajo para hacer. Pensó que quizá lo volvería a ver y en ese momento tendría la oportunidad de hacerlo, aunque era claro que no volvería a pasar.

Atzin comenzó a caminar a Analco, donde se encontraba aquel puente del que había hablado antes. Mientras caminaba y cruzó las calles del centro, se puso el collar en la muñeca, como si fuera una pulsera; no le gustaba usar collares, por lo cual pensó que ese sería más su estilo. Sintió que el hombre que había hablado con ella era agradable, pensó que era una

lástima que no preguntase por su nombre. Cuando cruzó la calle para llegar al puente de Ovando, ya era completamente oscuro. Se había tardado demasiado en esperar la lluvia, y además caminó a un paso muy lento. Le dio miedo caminar hasta su parada del camión, porque por esos rumbos era peligroso, cosa que esperaba que el güero supiera. Mientras pensaba si pedir o no un auto que la llevara a su casa, el cual podía pedir por medio de una aplicación del celular; esta se recargó unos segundos en el puente. No vivía muy lejos, sin embargo, sabía que era lo mejor.

Mientras Atzin revisó sin apartar la vista de su celular un segundo, una mujer con capucha pasó al lado de ella. Esta mujer se paró encorvada enfrente, todo su cuerpo y cara estaban tapados por el trapo que tenía encima. Lo único que se veía era su pequeña mano extendida en busca de recibir una moneda.

—Señito, por favor, me urge una moneda. Por favor señito —insistió la mujer. Su voz hizo que Atzin apartara la vista del celular.

—Híjole..., pues déjeme ver si tengo algo —respondió Atzin, puso su mochila enfrente de su cuerpo y empezó a buscar.

—Gracias señito, Cristo se lo compensará, yo también.

Atzin sonrió delicadamente al oír eso. Cuando la gente era amable con ella le asustaba. Sin embargo, para que la señora se fuera tranquila, le dio una moneda de diez pesos.

—Mire, es todo lo que tengo. Espero le sirva.

—Ay señito, muchas gracias, muchas gracias. Que Dios la bendiga —respondió la mujer tomando el dinero.

Después de eso, la mujer solo se paró al lado de la chica para seguir pidiendo limosna a todo aquel que quisiera cruzar el puente. Atzin siguió revisando su celular, su coche llegaría en diez minutos, por lo cual tenía tiempo de estar ahí. De nuevo, Atzin no tenía intenciones de hablar, pero la mujer que estaba a su lado sí lo hizo.

—Mi familia era española, ¿lo sabía? —preguntó como si fuera obvio. Atzin negó con la cabeza.

—Tiene años que no veo a ninguno. A veces me pregunto qué hago aquí, es como si no pudiera estar en ningún otro lugar. Es irónico porque mi padre no quería que estuviera de limosnera en el puente. ¿Qué pensará de mí ahora?

Atzin calló sin ver a la chica, se empezó a cuestionar la razón de qué hablara con ella,

pero esta dudó más de la historia de la chica. Giró su cara para verla por unos momentos y después de analizar su cara, se dio cuenta de que solo era una niña de dieciséis años. La capucha que tapaba su rostro, así como la estatura evitaba verlo a primera vista, sin embargo, pronto se dio cuenta de que era joven.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Atzin devolviendo la vista al frente.

—Mi nombre es María del Rosario Pérez Ovando.

Atzin abrió más los ojos en ese momento, ¿acaso había escuchado bien?

—Mi padre odiaba al chico del que me enamoré, pero yo tenía el plan perfecto para que mi padre aceptara a mi novio —continuó María—. Él no lo aceptaba porque su mamá no era española como toda mi familia, además, mi padre decía que nuestra familia era mucha cosa para un mestizo de clase media. Decía que si me quedaba con él, quedaría de limosnera en el puente que mi familia mandó a construir. De hecho, es este mismo puente —dijo María señalando todo el puente de Ovando—. Pensé que si pasaba una noche junto a mi novio, mi padre no le quedaría de otra más que aceptarlo, sin embargo, mi hermano nos encontró en aquel lugar. Ay no, ¡qué horror! Creyó que éramos nuestro padre, por eso se escondió en el armario. No se esperó lo que pasó después... —en ese momento Atzin estaba temblando de miedo, ¿acaso era la chica de la leyenda? Por otro lado, María se quedó viendo a la nada mientras recordaba lo sucedido—.

Mi hermano... mi hermano sacó un arma y disparó —María, giró a ver a los ojos de Atzin, quien asustada correspondió con el deseo de huir—, pero no le dio a él, yo me puse en su camino, me dio a mí. No fue solo eso lo que pasó. Mi... mi hermano mató a mi novio, le cortó la garganta. Morimos ambos ese día —María soltó un gran suspiro—. Después terminé aquí... Mi padre solía pasar siempre a medianoche, él nunca me veía cuando pasaba, pero yo sí a él. Así fue cuando me enteré de que asesinaron a mi hermano en un callejón.

Que feo por él, pero... él nos mató. Uno de los tantos días que mi papá pasó por el puente por fin pude hablar con él. Me vio, me vio como a todos los demás a los que le empecé a pedir limosna. De hecho sí sé lo que piensa mi papá de mí al estar aquí, lo supe ese día que lo vi por última vez. Pasó al lado mío, tomado, no estaba triste por mí, no me lloraba a mí, no tomó por mí esa noche, fue por mi hermano, él era su heredero. Caminé

Cuento

tambaleando a mi lado sin cesar, hasta que me vio fijamente. Estaba asqueado por ver a una limosnera en su puente. Un puente que hizo para dividir a los españoles de los mestizos. Una porquería. Siempre me decía que amar a alguien no me iba a servir para tener un buen matrimonio, pero en ese entonces amar era tan extraño, y yo lo tenía.

—¿Qué hace alguien cómo tú en mi puente? —preguntó mi padre tambaleando y hablando entrecortado.

—¿No me reconoces? —pregunté con dolor—. ¿No reconoces a tu propia hija?

Mi padre aún bajo los efectos del alcohol, pensó que alucinaba, pero no era así.

—Mi hija está muerta, ¿eres el demonio acaso?

No pude soportarlo más, quería que me viera, que viera lo que me pasó, por eso caminé hasta él para mostrarle bien mi cara. Fue solo entonces que aun estando ebrio me reconoció, dio un paso atrás para sostenerse del puente.

— ¡Soy tu hija! —le grité.

Eso lo hizo correr por el puente. Negó con su cabeza lo que había visto, además gritó con fuerza que esa limosnera no era su hija.

Mi padre, ese día al correr por el puente, el nivel del agua subió. Mi padre se ahogó. Si tan solo me hubiera dejado amar a la persona que yo amaba nada de esto hubiera pasado.

Cuando María dejó de contar eso miró con una sonrisa genuina a Atzin, quien se sostuvo fuerte del barandal del puente. Su transporte se había ido hace dos minutos. La chica estaba muerta de miedo, pero sobre todo se preguntó: ¿Qué acaba de pasar? 🌑



DIBUJO: FRANCISCO DUCRANO

